

***Paideía e Imperio:***  
**Una reflexión sobre el valor de la cultura  
como fundamento del dominio imperial**

**[*Paideia* and Empire: A Reflection on the Value of Culture  
as a foundation of Imperial Rule]**

Juan Manuel Cortés Copete  
(Universidad Pablo de Olavide, Sevilla)  
jmcorcop@upo.es

**Resumen:**

Este artículo trata de la relación entre la cultura griega y la política romana. Mi propósito es doble. En primer lugar quiero poner en duda la opinión común que sostiene la existencia de un poder político romano frente a un poder civilizador de carácter griego. En mi opinión, la paideía debería ser considerada como un formante básico de la alianza entre la oligarquía romana y las elites cívicas griegas y, por lo tanto, como un instrumento fundamental del imperio romano. Por otro lado, los políticos romanos y las aristocracias griegas mantuvieron un debate sobre la definición de esta nueva cultura griega para el Imperio romano. Al final, se acabó imponiendo una paideía basada en la tradición clásica y en la vida cívica.

**Palabras claves:** Paideía – Imperialismo Romano – Alianzas Oligárquicas – Adriano – Panhellenion – Favorino – Polemón – Elio Aristides

**Abstract:**

This paper is concerned with the relationship between Greek culture and Roman politics. My aim is twofold. First, I want to challenge the traditional point of view that held a Roman Ruling Power and a Hellenic Civilizing Power. In my opinion, Greek paideia should be considered as a basic component of the alliances between the Roman oligarchy and the Greek civic elites and, as a result of that, as an essential political tool for the Roman Empire. On the other hand, the Roman politicians and the Greek civic aristocracies sparked a debate on the definition of this new Greek culture for the Roman empire. In the end, a paideia based on the classic tradition and on the civic life succeeded.

**Keywords:** Paideia – Roman imperialism – Oligarchies – Hadrian – Panhellenion – Favorinus – Polemo – Aelius Aristides

Recibido: 15/06/2015

Evaluación: 22/06/2015

Aceptado: 10/07/2015

## ***Paideía* e Imperio: Una reflexión sobre el valor de la cultura como fundamento del dominio imperial**

**G**raecia capta ferum victorem cepit et artis intulit agresti Latio. Las palabras de Horacio se han convertido en un aforismo histórico: cultura griega y poder romano. Haciendo suya esta premisa, comenzaba P. Veyne su último libro.<sup>1</sup> Pero debería recordarse que esta dicotomía, que encuentra numerosos ejemplos a lo largo de la historiografía contemporánea, está fundada en la visión retórica que de su propia historia tuvieron los antiguos. Los discursos *A Roma* y *Panatenaico* de Elio Aristides ofrecen el mejor ejemplo sofístico. J. H. Oliver, al titular sus comentarios de ambas obras como *The Ruling Power* y *The Civilizing Power*, no hizo otra cosa que consagrar la división.

Pretendo hacer aquí un planteamiento algo diferente. Este nace del convencimiento de que la helenización de Roma afectó también a las estructuras del poder Romano. De alguna forma la helenización habría acabado por llevar a los romanos a ejercer el poder “a la griega”. Es evidente que las instituciones del poder romano mantuvieron su denominación latina, su ritual latino y su significación latina, pero nadie podrá dudar de que estas realidades se transformaron radicalmente en contacto con Grecia. Así, por ejemplo, la asunción de la *basileía* como forma de monarquía ideal cambió la concepción que los romanos tuvieron de la figura del emperador.<sup>2</sup> Y esto hizo que la institución imperial fuera también aceptable para sus súbditos griegos. Discursos sobre la realeza como los de Dion de Prusa modelaron profundamente el poder imperial, helenizándolo; tanto, como la asunción de la iconografía griega para representar al emperador divinizado. Los límites entre cultura y poder parecen diluirse.

Si tan evidente resulta, incluso en el ámbito de las instituciones, el proceso de transformación por contacto con Grecia, parece razonable admitir que los resortes profundos del poder imperial también pudieron helenizarse. Las limitaciones de las instituciones del gobierno en las *póleis* antiguas ya fueron señaladas por M. I. Finley.<sup>3</sup> Los magistrados cívicos, al fin y al cabo, eran el elemento principal de un Estado carente de las estructuras burocráticas y administrativas propias de los Estados modernos. Es cierto que en el Imperio Romano estas últimas se desarrollaron hasta una dimensión desconocida en tiempos de las *póleis* independientes pero, posiblemente, empeorando la proporción con la realidad a gobernar. Los límites del gobierno eran tan evidentes como necesario se hace admitir que existían otros mecanismos de poder

---

<sup>1</sup> VEYNE, P., *L'Empire Gréco-Romain*, París, 2005.

<sup>2</sup> HIDALGO, M. J., *El intelectual, la realeza y el poder político en el Imperio Romano*, Salamanca, 1995.

<sup>3</sup> FINLEY, M. I., *Politics in the Ancient World*, Cambridge, 1983.

distintos de los institucionales. Estos otros resortes del poder actuaron como la verdadera argamasa del imperio.

Hace ya tiempo que se ha hecho hincapié en los mecanismos sociales de la dominación.<sup>4</sup> La *clientela* y la *amicitia* fueron instrumentos de la oligarquía romana para incluir a las aristocracias provinciales en su estructura de poder. Pero eran mecanismos parciales. Los lazos formales, institucionales mejor, que se establecían a través de ellas no eran sino parte de una red de relaciones y dependencias más amplias, menos precisas y de mayor trascendencia para la gobernación del imperio. Esa voluntad de favorecer los gobiernos oligárquicos en las distintas ciudades del imperio era parte fundamental de un gran sistema de alianzas aristocráticas, sistema de alianzas tan desigual, difuso, variable, impreciso como eficaz para mantener unido un imperio tan gigantesco como variado.

Sería deseable, desde esta perspectiva, conocer los formantes de aquellas alianzas.<sup>5</sup> Un elemento parece evidente: el mantenimiento, la consolidación y el fortalecimiento del poder de las oligarquías regionales y locales a cambio de la lealtad al gobierno imperial y la conservación del orden social.<sup>6</sup> Sería deseable conocer en qué forma se actuó durante las diversas etapas de la vida del imperio y en cada una de las regiones del mismo.

En el Oriente griego, Roma encontró un mundo de ciudades que le resultaban políticamente reconocibles.<sup>7</sup> Con ellas debía tratar. Y en ellas encontró también unas oligarquías dispuestas a llegar a los acuerdos necesarios con el nuevo poder y así solucionar las tensiones sociales que venían alterando los fundamentos de su dominio sobre sus conciudadanos. Y aunque el análisis de los elementos objetivos de esa nueva red de alianzas excede mis propósitos, sí me gustaría señalar algunos aspectos. Las oligarquías griegas, durante mucho tiempo vieron a Roma como una posible aliada, pero no como la única aliada. Sólo a partir de la derrota de Mitrídates o, mejor aún, de Accio cuajó la idea del carácter irreversible de la dominación romana. Las implicaciones son múltiples. Por un lado, es necesario admitir que hubo oligarcas griegos que se colocaron frente a Roma<sup>8</sup> y que Roma, en ocasiones, apoyó a los líderes populares en contra de sus potenciales aliados naturales.<sup>9</sup> Los prejuicios ideológicos no limitaban las acciones políticas. Por otra parte, Roma, al igual que había hecho en Italia,

---

<sup>4</sup> BADIAN, E., *Foreign Clientelae*, Oxford, 1958; cfr. BURTON, P. J., *Friendship and Empire. Roman Diplomacy and Imperialism in the Middle Republic (353-146 BC)*, Cambridge, 2011.

<sup>5</sup> El mejor estudio global sobre esta red de alianzas sigue siendo la obra de ROSTOVZEFF, M., *Historia social y económica del Imperio romano*, Madrid, 1937.

<sup>6</sup> DE STE. CROIX, G. E. M., *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, 1988.

<sup>7</sup> Tan reconocibles para Roma las ciudades griegas, como para las *pólis*, Roma: MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros*, México, 1988, pp. 44-85.

<sup>8</sup> REYNOLDS, J., *Afrodiasias and Rome*, London, 1982, nº 2, ll. 5-6: δεδóχθαι τῷ δήμῳ ἐλέσθαι πρεσβευτάς ἄνδρας τῶν τειμωμένων καὶ πίστιν ἔχόντων καὶ εὐνοϊκῶς πρὸς Ρωμαίους.

<sup>9</sup> BRISCOE, J., "Rome and the Class Struggle in the Greek States" (pp. 3-20), *P&P* 36, 1967.

permitió a las ciudades que se siguieran gobernando según sus propias leyes.<sup>10</sup> Esta podría ser una de las razones por la que los modelos cívicos romanos encontraron tan poco desarrollo en Oriente, donde se mantuvieron vivas, por el contrario, las *póleis* griegas, con su lengua, instituciones y prácticas políticas propias. En realidad, y como he sostenido en otro lugar, la *pólis* se convirtió en otro modelo de ciudad romana, de esta romanidad diversa pero unida.<sup>11</sup> El respeto a la realidad local previa, a pesar de la tendencia a la uniformidad que se percibe a través del tiempo, debería considerarse un elemento fundamental de la alianza, no sólo en Oriente, sino incluso en Occidente. Sólo así puede entenderse la protesta del emperador Adriano contra sus conciudadanos italicenses cuando le pidieron convertirse en colonia.<sup>12</sup>

El Imperio romano se habría asentado, por lo tanto, sobre un consenso universal, auspiciado, no seamos ingenuos, por la fuerza de las legiones romanas, pero sostenido por los intereses compartidos entre una parte de los dominados —las oligarquías cívicas y regionales— y dominadores —la oligarquía romana y su emperador.

## I

El imperio sobre Grecia exigía principios ideológicos nuevos y distintos de aquellos sobre los que se había sustentado la dominación en Italia. Los acontecimientos del s. IV a. C. ya habían invitado a la reflexión sobre las condiciones necesarias para ejercer la hegemonía sobre los griegos. Es Éforo quien identificó el elemento cultural como crucial para el dominio en Grecia:<sup>13</sup> la *agogé* de Esparta o la *paideía* de Atenas fueron consideradas como imprescindibles. Su olvido o abandono, según el historiador del s. IV a. C., generó la ruina de sus hegemonías. Tebas, por el contrario, sólo fundó su poder en las virtudes personales de sus dirigentes, razón por la que, muertos estos, la primacía Tebana llegó a su fin. La validez del argumento para el Imperio romano la asegura Estrabón, quien retoma el razonamiento y lo traslada a su propio tiempo.<sup>14</sup> La ciudad del Lacio, mientras que sólo dominó a bárbaros, necesitó únicamente de la fuerza. Para ser dueña de todo, es decir, también del mundo griego, necesitaba la razón, el *lógos*, la cultura, la *paideía*.

La afirmación del geógrafo permitiría una interpretación metahistórica, sobre la importancia del conocimiento para la dominación. Pero aunque estemos de acuerdo en admitir que sin el uno no es posible la otra, no resulta tan evidente la forma concreta del conocimiento requerido. El dominio romano pudo prescindir de conocimientos

<sup>10</sup> SIG 618, I.12 (190 a. C.); Athen., *Leg.* I. 1; FERRARY, J. L., "Le statut des cités libres dans l'Empire romain à la lumière des inscriptions de Claros" (pp. 557-577), *CRAI*, 1991.

<sup>11</sup> CORTÉS COPETE, J. M., "Polis Romana. Hacia un nuevo modelo para los griegos del imperio" (pp. 413-437), *SHHA* 23, 2005.

<sup>12</sup> Aul. Gel., *N.A.* XVI.13.4.

<sup>13</sup> MOMIGLIANO, A., "La storia di Eforo e le Elleniche di Teopompo" (pp. 180-204), *RFIC* 13, 1935.

<sup>14</sup> Strab. IX.2.2; FERRARY, J.-L., *Philhellénisme et impérialisme*, París, 1988, pp. 505-511.

“bárbaros”, por ejemplo el de los druidas, pero no pudo prescindir de parte del conglomerado que conformaba la *paideía* griega. Creo que la razón no está en la superioridad objetiva del conocimiento griego, ni tampoco —sería la otra cara de la moneda— en el complejo de inferioridad romano. La explicación está, a mi modo de ver, en que sin *paideía* hubiese resultado muy difícil, si no imposible, alcanzar esa alianza con las oligarquías griegas que era fundamental para el dominio romano en Oriente. Para que el mundo griego, a través de sus oligarquías, aceptara el nuevo imperio era necesario que este hiciera suya la *paideía* griega como formante imprescindible de su relación con las oligarquías y, por extensión, con toda la población del Oriente helenizado. La helenización de Roma no sería así un proceso desconectado, derivado o, en el mejor de los casos, anexo a la dominación, sino consustancial a la misma. Las oligarquías griegas pudieron formar parte, subordinada pero parte, del imperio sólo en tanto que éste estuviera dispuesto a reconocerlas en su esencia cultural.

Invocar al ejemplo judío permitirá, quizás, comprender la radicalidad de la asunción de la *paideía* para la dominación sobre el Oriente helenístico. El fracaso del acercamiento cultural, y cultural, entre las oligarquías romanas y judías no sólo exacerbó el conflicto social en Palestina, sino que hizo imposible la consolidación de una alianza que no había comenzado con malos augurios. La enorme fuerza militar que Roma tuvo que emplear durante tres cuartos de siglo para dominar aquel minúsculo país da muestra de las consecuencias nefastas del fracaso de la alianza y de las limitaciones efectivas del poder de Roma.<sup>15</sup>

Quizás los aristócratas romanos podrían haber incluido a sus equivalentes griegos en el Imperio sin otorgar a la *paideía* un lugar de privilegio, pero lo cierto es que lo hicieron, posiblemente porque sostenerse en la *paideía* era la política más económica y eficaz. La aceptación de los valores y contenidos de la educación griega por parte de los romanos facilitó su hegemonía porque hacía ver a los súbditos griegos que sus nuevos señores compartían una misma imagen del mundo y unos mismos valores públicos y privados; que, a pesar de los propagandistas antirromanos, la ciudad del Lacio no estaba habitada por bárbaros y que la mejor garantía para su forma de vida la otorgaba la dominación romana.<sup>16</sup> En definitiva, que el Imperio romano ofrecía el marco para volver a ser plenamente griego. Pero también produjo cambios en la concepción romana del mundo, cambios que no se produjeron sin conflicto interno y sin repercusiones, algunas de ellas de dimensión mundial.

---

<sup>15</sup> HADAS-LEBEL, M.-L., *Jérusalem contre Rome*, París, 1990, pp. 19-47; GOODMAN, M., *Rome and Jerusalem. The Clash of Ancient Civilizations*, Londres, 2007.

<sup>16</sup> DEININGER, J., *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.*, Berlín 1971; GIUA, M. A., “Il dominio romano e la ricomposizione dei conflitti sociali” (pp. 869-905), *I Greci. 2. Una storia greca. III. Trasformazioni*, Turín, 1998.

Conocido es el debate entre las posiciones filohelenas y antihelenas que se mantuvo durante la República y que pervivió, al menos, durante el primer siglo del Imperio.<sup>17</sup> No se trataba tanto de detestar o admirar la cultura griega —algo que todos hacían en grados diversos—, como de otorgar, o no, un valor político a la *paideía* y, por tanto, de ofrecer a sus poseedores, a la aristocracia griega, una cierta posición de privilegio entre los súbditos. El debate entre la oligarquía romana estuvo atemperado por la secesión de los espacios y los tiempos, propia de un mundo de difícil comunicación. Así, ya se demostró cómo las actitudes filohelenas eran más abundantes y manifiestas en el ámbito privado que en el público. Me gustaría también llamar la atención sobre el hecho de que igualmente copiosas eran esas actitudes favorables cuando se estaba en ciudades griegas, incluso ocupándose de negocios públicos. Que los generales, primero, y los mismos emperadores, después, se manifestaran con actitudes y poses claramente griegas en las *póleis* era el modo de demostrar su favorable posición política hacia sus nuevos súbditos.<sup>18</sup> Generales o miembros de la familia imperial vestidos a la griega, acudiendo al gimnasio, al teatro, discutiendo con los intelectuales e, incluso, participando en los festivales griegos, eran bienvenidos entre los griegos y tolerados desde Roma, sabedores de la repercusión limitada de sus actos.<sup>19</sup> Distinto era el caso cuando dichas actitudes trascendían el ámbito local o regional.

El segundo cambio que me gustaría resaltar se produjo desde mediados del s. II a. C. hasta mediados de la centuria siguiente y transformó radicalmente la faz del imperio. Se trata de la asunción de los valores griegos y su identificación con los valores tradicionales romanos, creándose así el conglomerado que denominaron *Humanitas*.<sup>20</sup> La importancia fundamental de este concepto está en que se convirtió, ahora por parte de Roma, en elemento fundamental de los nuevos acuerdos que se iban alcanzando con las oligarquías bárbaras de los territorios de reciente conquista. Esa red de alianzas, argumento fundamental de este trabajo, incorporó durante esta época, y de manera definitiva, un nuevo soporte ideológico al que debían sumarse las aristocracias bárbaras. La incorporación podría ser progresiva, pero irrenunciable. De esta manera Roma se convirtió en la difusora por Occidente de una nueva versión de la *paideía* griega, concepción del mundo y educación que, sostenida ahora en la lengua latina, pasó a ser de dominio universal. La *Humanitas* devino así instrumento fundamental del imperialismo romano.

---

<sup>17</sup> PETROCHILOS, N., *Roman Attitudes to the Greeks*, Atenas, 1974; GRUEN, E. S., *Culture and National Identity in Republican Rome*, Londres, 1993.

<sup>18</sup> WALLACE-HADRILL, A., "Vivere a la greca per essere Romani" (pp. 939-963), *I Greci*. 2. *Una storia greca*. III. *Trasformazioni*, Turín, 1998.

<sup>19</sup> Las diferentes actitudes se reconocen en las sucesivas estancias de Germánico y Gneo Pisón en Atenas: Tac., *Ann.* II. 53.55. Adriano vestido a la griega y presidiendo las Dionisiacas: D.C. LXIX.16.1.

<sup>20</sup> SCHADEWALDT, W., "Humanitas romana", *ANRW I* (1973), pp. 43-62; FERRARY, J.-L., *Philhellénisme...*, *op. cit.*, pp. 511-516; WOOLF, G., *Becoming Roman*, Cambridge, 1998, pp. 54-60.

Es difícil acotar el momento y describir el proceso por el que se produjo este giro copernicano en la política imperial romana. La ciudad del Lacio pasó de asumir la *paideía* de sus súbditos griegos a convertirse en propietaria y difusora de algunos de sus valores y contenidos entre los bárbaros occidentales. Es evidente que el proceso fue anterior a Cicerón quien, recibéndolo, le dio forma definitiva. Me atrevería a pensar que el proceso se aceleró durante el tiempo de la Guerra Social y de la dictadura silana, cuando la alianza con los provinciales adquirió una nueva importancia como contrapeso a los itálicos sublevados.<sup>21</sup> En Sertorio, quizás, podríamos encontrar una figura crucial del proceso. Necesitado de nuevos apoyos provinciales frente al poder silano que lo perseguía, buscó nuevos métodos para ganarse las voluntades de lusitanos y celtíberos. Plutarco es quien informa con detalle del proceso y sus palabras son importantes no sólo porque puedan coincidir con la realidad como también porque constituyeron una suerte de *interpretatio graeca* de la actividad del romano rebelde.<sup>22</sup> Merecerá que nos detengamos brevemente en su actuación.

Sertorio buscó acercarse a los lusitanos a través de las prácticas locales como la *devotio* o la pretensión de una conexión espiritual privilegiada, pero también utilizó nuevos elementos propios de esa tradición griega incorporada a la cultura romana. Se atrajo a los personajes más importantes con su “afabilidad”, término que traduce el griego *ὀμιλία*, una de las virtudes para con los súbditos que Diodoro atribuía, siguiendo a Éforo, a la dominación ateniense.<sup>23</sup> El resultado fue que los volvió más dóciles, *χειροθήεις*, apartándolos del carácter salvaje de antaño.<sup>24</sup> Pero la medida definitiva es la más clarificadora de la innovación y la transformación de la relación con los bárbaros:

“Pero lo que hizo con los niños fue lo que les ganó su voluntad. Pues tras reunir en Osca, ciudad importante, a los hijos más nobles de todas las naciones (τοὺς γὰρ εὐγενεστάτους ἀπὸ τῶν ἔθνῶν), y tras haberles puesto maestros de las disciplinas griegas y romanas (διδασκάλους Ἑλληνικῶν τε καὶ Ῥωμαϊκῶν μαθημάτων), en realidad los tenía presos aunque formalmente los educaba (*ἐπαίδευεν*) para que, cuando fueran adultos, participaran de la ciudadanía y del imperio (*πολιτείας τε μεταδώσων καὶ ἀρχῆς*).<sup>25</sup>

<sup>21</sup> GABBA, E., “La questione sertoriana” (pp. 29-67; 305-11; 326-32), *Athenaeum* 31, 1954.

<sup>22</sup> SCARDIGLI, B., “Considerazioni sulle fonti della biografia plutarca di Sertorio” (pp. 39-58), *SFIC* 43, 1971.

<sup>23</sup> Diod., XI.46.4.

<sup>24</sup> Plut., *Sert.* 6.4; Diod., XI.46.4; Plut., *Sert.* 12.1; MARTIN, H., “The Concept of Praotes in Plutarch’s Lives” (pp. 65-73), *GRBS* 3, 1960; “The concept of Philanthropia in Plutarch’s Lives” (pp. 164-175), *AJPh* 82, 1962.

<sup>25</sup> Plut., *Sert.* 14.2.

El camino estaba abierto para la creación de una única cultura imperial, de la que participaran todos los aristócratas del imperio, sin importar en qué lugar del mismo vivieran, única cultura imperial en dos versiones, latina o griega.<sup>26</sup>

## II

Intentar definir la *paideía* puede ser una de las aventuras intelectuales más difíciles y con mayor riesgo de fracaso que se puedan abordar. Como la pretensión excede mis capacidades, utilizaré la propuesta que hizo el Prof. A. Wallace-Hadrill, propuesta de definición brillante que aúna contenidos y utilidad social: *Paideia is a coherent complex: a process of learning a package of interconnected intellectual skills without which a man cannot become a full member of civilized society, and at the same time a process of production of written works on the various branches by men of learning and their consumption by the educated.*<sup>27</sup> Este último concepto traduce el griego *pepaideuménos* que, como es bien sabido, no sólo equivalía al hombre instruido, es decir, al que había concluido el proceso formal de educación, sino que se identificaba también con la oligarquía como poseedora, transmisora y generadora de unos conocimientos que legitimaban su posición social.<sup>28</sup> La aceptación de la *paideía* por parte de Roma venía, en definitiva, a consolidar el poder de las aristocracias griegas que, ahora, se veían respaldadas y asentadas en sus valores y posición por el nuevo poder imperial. De esta forma, y más allá de las diversas coyunturas históricas del proceso de conquista, Roma, al asumirla, se comprometía indisolublemente con las oligarquías cívicas y ponía fin a las aventuras populistas que habían poblado los siglos de la época helenística y que Mitrídates, al final, había hecho revivir con una fuerza inusitada.

Aun cuando se admitan las implicaciones político-sociales de la *paideía*, los contenidos objetivos de la misma, y por tanto también su valor social, no son, y no fueron para los propios protagonistas, tan fáciles de identificar. A partir del s. IV a. C. la educación griega fue estableciendo, cada vez con mayor precisión, un bloque de conocimientos que podrían definirse como “clásicos” y, por lo tanto, considerados imprescindibles. Homero, los poetas líricos, los historiadores del s. V y IV, Platón, Aristóteles, los oradores del s. IV, todos o algunos de ellos, pasaron a formar parte de ese cimiento de la civilización griega. Pero a pesar de este proceso de consolidación de fundamentos básicos, la cultura griega siguió creciendo, añadiendo nuevas disciplinas, nuevos textos, nuevas lecturas, nuevos géneros. Su lengua continuó evolucionando y distanciándose, cada vez más, de aquella que aparecía en esos textos fundamentales. El

<sup>26</sup> DESIDERI, P., “L'impero bilingüe e il parallelismo Greci/Romani” (pp. 909-938), *I Greci. 2. Una storia greca. III. Trasformazioni*, Turín, 1998.

<sup>27</sup> WALLACE-HADRILL, A., “Greek Knowledge, Roman Power” (pp. 224-233), *CPh* 83, 1988, p. 226.

<sup>28</sup> ANDERSON, G., “The Pepaideumenos in Action” (pp. 79-208), *ANRW* II 33 (1), 1989; SWAIN, S., *Hellenism and Empire*, Oxford, 1996, pp. 65-100.

horizonte social de aquellos que tenían acceso a la misma se amplió con la conquista de Asia, Egipto y la fundación de nuevas ciudades. Y, sobre todo, aparecieron los reyes, con nuevos intereses políticos, necesitados de nuevas alianzas sociales y promotores de una nueva cultura destinada a atender de las necesidades de las dos primeras.

Por lo tanto, definir ese *package of interconnected intellectual skills* dependería de cuál fuese esa *civilized society* que Roma, como nuevo poder imperial, decidiera apoyar como soporte de su poder en Oriente. En definitiva, el helenismo al que se tuvo que enfrentar Roma durante el último siglo y medio de la República y el primero del Imperio presentaba una enorme diversidad, aunque todas esas visiones pretendieran sostenerse en un mismo concepto, la *paideía*, que ofrecía, en realidad, múltiples formulaciones acordes con la estructura social e ideológica a la que servían. El debate en Roma, por lo tanto, no fue tanto el que pudieron haber sostenido antihelenos contra filohelenos, sino el que giró en torno a qué mundo griego apoyar y con qué griegos establecer esas alianzas aristocráticas que son el argumento fundamental de este texto; y, por tanto, qué contenido debería tener esa *paideía* imprescindible para fraguar el pacto.

A mi modo de ver, este debate estuvo sostenido, al menos, sobre tres cuestiones principales: primero, el modelo sociopolítico que hubiera de implantarse en Roma a consecuencia de la expansión imperial y, en consecuencia, el modelo sociopolítico de los súbditos; segundo, el conocimiento que los romanos tenían de Grecia y, por tanto, la Grecia que esperaban encontrar y pudieran reconocer; tercero, la capacidad de los súbditos griegos de comunicar, compartir e imponer alguna de sus propias versiones del helenismo. La cuestión no residía ya tanto en si era necesaria o no una mirada griega del gobierno imperial, sino cuál de las miradas griegas acabaría siendo la romana.

Los tres elementos de la controversia estaban tan profundamente unidos que no podría haberse resuelto ni independientemente ni sucesivamente. Dependiendo de cuál fuera el modelo imperial, se encontrarían los aliados griegos que habrían de contribuir a imponer una visión del helenismo basado, sin duda, en unas expectativas romanas incluidas ya en el modelo imperial que triunfase. Desenredar todos los hilos de la madeja parece una tarea desmesurada. Optaré por un acercamiento parcial, seleccionando las puntas de dos hilos únicamente: Egipto y la Hélade.

De Antonio, al menos en sus últimos tiempos, a Nerón, pasando indudablemente por Calígula y, quizás también, Germánico, el Egipto de los Ptolomeos se constituyó en el modelo oriental de mayor potencia en Roma. La pretensión, supuesta o real, de fundar una monarquía demagógica,<sup>29</sup> apoyada en las grandes ciudades del Oriente helenístico, Alejandría especialmente, y de sostenerla en las grandes instituciones

---

<sup>29</sup> En palabras de CIZEC, E., *La Roma di Nerone*, Milán, 1986, pp. 67-68, la monarquía antoniniana se definiría como un absolutismo que une la teocracia de tipo helenístico y una "democracia real".

culturales helenísticas, como el Museo y la Biblioteca, y en intelectuales cortesanos, algunos de ellos también aristócratas reales de intensa vida política, quedaba resumida en la amenazadora leyenda del traslado de la capital imperial a Alejandría.<sup>30</sup>

De las múltiples características que podrían definir esta suerte de helenismo “helenístico” creo necesario resaltar una: su capacidad de aglutinación de una multitud de poblaciones diversas y de tradiciones culturales diferentes. Se asentó esta capacidad en la interpretación más abierta de una identidad griega, fundada en la cultura y no en la raza.<sup>31</sup> Alejandro, según lo recuerdan Estrabón y Plutarco, y contra la opinión de Aristóteles, eligió esta opción, estableciendo la diferencia entre sus nuevos súbditos en torno a la virtud y la maldad, *areté* y *kakía*, y no por ningún otro criterio.<sup>32</sup> De esta forma, bajo la denominación de bárbaros quedaron sólo caracterizados aquellos pueblos que vivieron al margen del efecto benéfico del conquistador, quien ensanchó el horizonte para la difusión de la *paideía*. Las antiguas poblaciones bárbaras, bajo dominio entonces de los herederos de Alejandro, iniciaron su transformación a griegos, transformación, lenta, parcial, pero efectiva. La consecuencia fue, sin duda, la creación de un ámbito cultural basado en la tradición griega, pero abierto, difuso y aglutinante de múltiples tradiciones.<sup>33</sup> Un buen ejemplo podrían ser los judíos de Egipto. Estos habían sufrido tal proceso de helenización que difícilmente se les distinguía de los auténticos griegos —en el sentido en que este término se utilizaba en el Egipto de los Ptolomeos. Es cierto que mantenían algunas de sus tradiciones más peculiares, el Sabbath, los hábitos alimenticios, la circuncisión, pero nada les había impedido, incluso, inventar una genealogía que convertía a Abraham en padre de los judíos y de los espartanos.<sup>34</sup>

Ejemplo inmejorable de las expectativas que esta interpretación del helenismo abrigó en los primeros tiempos del imperio fue Filón de Alejandría.<sup>35</sup> En su *Legatio ad Gaium* compuso un elogio de Augusto al que presenta como heredero e impulsor de esta visión:

“Es él quien ha recuperado a todas las ciudades para la libertad, el que ha introducido el orden en aquel desorden, quien ha pacificado y armonizado a todas aquellas naciones insociables y salvajes, quien ha engrandecido la Hélade con muchas otras Hélandes (ó τὴν Ἑλλάδα Ἑλλάσι πολλαῖς παρυξήσας), quien ha

<sup>30</sup> CEAUCESCU, P., “Altera Roma: Histoire d’une folie politique” (pp. 79-108), *Historia* 25, 1971.

<sup>31</sup> HALL, J. M., *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture*, Chicago, 2002, pp. 189-226.

<sup>32</sup> Strab., I.4.9; Plut., *Mor.* 329bd; ANDREOTTI, R., “Per una critica dell’ideologia di Alessandro Magno” (pp. 257-302), *Historia* 5, 1956; DESIDERI, P., “Impero di Alessandro e impero di Roma”, en A. CASANOVA (ed.), *Plutarco e l’età ellenistica*, Florencia, 2005, pp. 3-21.

<sup>33</sup> THOMPSON, D. J., “Hellenistic Hellenes: the case of Ptolemaic Egypt”, en I. MALKIN (ed.), *Ancient perceptions of Greek ethnicity*, Washington DC, 2001, pp. 301-322.

<sup>34</sup> Joseph., *A.J.* I.239-241; I Mac. 12.7.19-23; II Mac. 5.9; GRUEN, E. S., “Jewish perspectives on Greek culture and ethnicity”, en I. MALKIN (ed.), *Ancient perceptions of... op. cit.*, pp. 347-373.

<sup>35</sup> BARRACLOUGH, R., “Philo’s Politics. Roman Rule and Hellenistic Judaism” (pp. 417-553), *ANRW* II 21 (1), 1984.

helenizado al bárbaro en las más importantes regiones (τὴν βάρβαρον ἐν τοῖς ἀναγκαιοτάτοις τμήμασιν ἀφ'ελληνίσας), el guardián de la paz..." (Phil., *Leg. ad Gaium* 147).

Esta creación de nuevas Helades sobre territorios bárbaros debía asumir la mejor herencia de Alejandro para que tuviera continuidad en el imperio. Un imperio que, como ya se ha visto, pretendía mantener la diversidad de las partes que lo componían como fundamento de la red de alianzas regionales:

"Ello supieron de su solicitud y de con cuánto empeño se esforzó por consolidar las costumbres particulares de cada pueblo, no menos que las romanas (ἤδεσαν αὐτοῦ τὴν ἐπιμέλειαν καὶ ὅτι τοσαύτην ποιεῖται τῆς βεβαιώσεως τῶν παρ' ἐκάστοις πατρῶν, ὅσην καὶ τῶν Ῥωμαϊκῶν)" (Phil., *Leg. ad Gaium* 153).

Pero esta opción política, social y cultural entraba en conflicto con buena parte de la oligarquía romana que había contribuido a ganar la guerra contra Antonio y que había impuesto una opción de gobierno diferente, más acorde con los valores republicanos en los que se complacían, y sostenida por las oligarquías occidentales que juraron fidelidad a Octavio.<sup>36</sup> Esta interpretación de la política de Augusto exigía un helenismo diferente al de tradición real que, además, enlazara mejor con los fundamentos y expectativas culturales de la oligarquía romana. El carácter escolástico del helenismo romano inclinaba la balanza hacia una interpretación clasicista del mismo<sup>37</sup> y no tanto hacia las corrientes potencialmente expansivas de las versiones helenísticas. El hilo directo que une la carta de Cicerón a su hermano Quinto con la escrita dos siglos más tarde por Plinio para el *corrector* Máximo es la prueba evidente.<sup>38</sup> Dionisio de Halicarnaso reconoció explícitamente que el declive de la oratoria asiánica y el auge del purismo aticista tenían su razón de ser en la dominación romana: αἰτία δὲ οἶμαι καὶ ἀρχὴ τῆς τοσαύτης μεταβολῆς ἐγένετο ἡ πάντων κρατοῦσα Ῥώμη.<sup>39</sup> Roma estaba mejor dispuesta hacia el mundo de las ciudades griegas, a pesar del declive al que le habían conducido las guerras de los últimos siglos, que a la amalgama helenizada de los reinos helenísticos.

El propio emperador había establecido las líneas fundamentales de vinculación con las oligarquías griegas en su trato con las ciudades helenas de Italia.<sup>40</sup> Allí, el emperador se mostró como un firme sostén de un helenismo amenazado por la barbarización. Esta barbarización no era sólo producto de la influencia de los pueblos

<sup>36</sup> La evolución conservadora de Augusto tras la victoria: ZANKER, P., *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, 1992.

<sup>37</sup> GABBA, E., "Political and Cultural Aspects of the Classicistic Revival in the Augustan Age" (pp. 43-65), *ClAnt* 1, 1982.

<sup>38</sup> Cic., *Q.fr.* I.1.27-31; Plin., *Ep.* 8.24.

<sup>39</sup> Dion. Hal., *De orat.vett.* 3.1.

<sup>40</sup> BOWERSOCK, G. W., "The Barbarism of the Greeks" (pp. 3-14), *HSCPh* 97, 1995.

montañeses itálicos, sino que se confundía con la imposición de la lengua y la cultura latina. Frente a eso, Augusto apoyó el renacimiento de los cultos y las tradiciones cívicas, especialmente el evergetismo, y el mantenimiento de la lengua griega. Sobre estos pilares se fraguaría el nuevo modelo de helenismo imperial. Sólo sería necesario esperar a la recuperación de la Grecia que podía considerarse cuna de la *paideía*.<sup>41</sup>

### III

El cambio de paradigma, el abandono de un proyecto que suponía la identificación con la versión del helenismo desarrollada bajo el gobierno de los reyes que habían sido enemigos de Roma y su sustitución por una tradición cultural arraigada en las ciudades griegas de la costa europea y asiática del Mar Egeo se produjo, precisamente, en el momento en que todo parecía indicar su triunfo.

Nerón parecía ser el elegido para establecer esa firme alianza entre los restos de las monarquías helenísticas, su base social, su tradición cultural y el poder romano.<sup>42</sup> Egipto se convirtió en su referencia cultural y política. Su vinculación familiar con Antonio y Germánico lo encaminaban hacia el país del Nilo,<sup>43</sup> que sus dos principales mentores, Chairemon y Séneca, le habían hecho conocer. Los alejandrinos poblaban su corte.<sup>44</sup> La fascinación por Oriente hizo circular el rumor de un nuevo intento de traslado de la sede del imperio. El incendio de la Urbe habría sido el detonante; el anunciado viaje imperial, el primer paso. Los adivinos le habían profetizado la dominación sobre Oriente.

Pero el proyectado viaje a Egipto quedó frustrado en sus albores. Hechos los sacrificios pertinentes, de los que derivaron presagios negativos, el emperador no se atrevió a partir con destino al país del Nilo. Resulta arriesgado enunciar hipótesis alguna sobre las razones para no emprender aquel viaje cuando las fuentes, Suetonio y Tácito, insisten en el mundo de los prodigios como causa del abandono del proyecto.<sup>45</sup> Prudente sería pensar, con E. Cizek, que el emperador vio en peligro, a raíz de este proyecto, tanto su vinculación con la plebe romana, que temía verse desatendida en ausencia del emperador, como su relación con la oligarquía romana que se creía guardiana de la herencia de Augusto.<sup>46</sup> Posiblemente en un intento de conciliarse con la aristocracia romana esté la causa del cambio de destino: la Hélade en lugar de Egipto.

---

<sup>41</sup> Cic., *Pro Fl.* 61-62.

<sup>42</sup> CIZEK, E., *L'époque de Néron et ses controverses idéologiques*, Leiden, 1972; *La Roma...*, *op. cit.*; CESARETTI, M. P., *Nerone e l'Egipto. Messaggio politico e continuità culturale*, Boloña, 1989.

<sup>43</sup> CIZEK, E., "L'idéologie antonienne et Néron", en *Marc Antoine, son idéologie et sa descendance*, Lyon, 1993, pp. 107-26.

<sup>44</sup> Norbano Ptolomeo controlaba el tesoro. Tiberio Julio Alejandro sería el mejor ejemplo de esta efervescencia política y cultural.

<sup>45</sup> Suet., *Nero* 19.1; Tac., *Ann.* 15.33-36.

<sup>46</sup> CIZEK, E., *La Roma...*, *op. cit.*, p. 132; CESARETTI, M. P., *Nerone...*, *op. cit.*, pp. 59-62.

Las ciudades griegas, de menor implicación política, la Grecia de las ciudades, reconocible como la auténtica Hélade para una aristocracia de formación escolástica, constituían un destino aceptable. Además, las oligarquías de aquellas ciudades, tras casi un siglo de paz y reconstrucción económica, habían recuperado parte de su influencia en la capital. Serían ellos quienes ofrecerían un nuevo modelo de helenismo,<sup>47</sup> en verdad, el más antiguo modelo de helenismo, a un emperador que deseaba ampliar la base social de sustento político.

La trascendencia del viaje de Nerón a la Hélade está siendo revisada. De una interpretación puramente histriónica es necesario pasar a considerarlo como indicio de una nueva tendencia en el rumbo del Imperio. El emperador volvió a acercarse a aquellas ciudades a partir de una visión agonal de la tradición griega.<sup>48</sup> Es evidente que el circuito estuvo dominado por la voluntad de presenciar y participar en los festivales de la *períodos*, que definían, por sí mismos, una geografía y una imagen de Grecia. De este circuito quedaban excluidas las dos ciudades que mejor simbolizaban la Grecia clásica, Atenas y Esparta. Pero más allá de las leyendas mal intencionadas, también el viaje contribuyó al establecimiento de un estrecho vínculo entre el emperador y sus oligarquías. La inscripción del Partenón, la única inscripción que hubo nunca en el Partenón, ofreciendo el exvoto al emperador aglutinaba multitud de significados. La ciudad se ofrecía al emperador; su oligarquía construía una imagen que ofrecía al emperador; el emperador comprendió que el pasado griego también podía tener valor en la expansión en Oriente, en la guerra de Armenia.<sup>49</sup>

La búsqueda de las esencias griegas frente a Oriente iba a conducir a la definición de un modelo de helenidad más restringido. No ayudaban en nada ni la guerra judía, ni el destino de los prisioneros hechos en aquella lucha. Si una generación antes podía todavía invocarse el parentesco mítico entre espartanos y judíos, ahora estos últimos, cautivos, cavaban en Corinto para romper el istmo<sup>50</sup> y facilitar la navegación entre el Mar Jonio y el Egeo. El proceso de cierre de los horizontes no era exclusivo de la cultura griega. El mundo judío, quizás como reacción, experimentaba un proceso similar y, frente a las opciones más abiertas y culturales de Filón, se imponía el estricto, y genético, judaísmo rabínico.<sup>51</sup> Pocos años más tarde, Flavio Josefo emprendía la composición de su *Bellum Judaicum* para explicar al mundo helenófono las razones y el

---

<sup>47</sup> CORTÉS COPETE, J. M., "Acaya, la construcción de una provincia", en J. SANTOS y E. TORREGARAY (eds.), *Laudes provinciarum*, Vitoria, 2007, pp. 105-134.

<sup>48</sup> KENNELL, N., "Νέρων περιόδονίκης" (pp. 235-251), *AJPh* 109, 1988; ALCOCK, S., "Nero at play?", en J. ELSNER y J. MASTERS (eds.), *Reflections of Nero*, Londres, 1994, pp. 98-111.

<sup>49</sup> CARROLL, K. K., *The Parthenon Inscription*, Durham, 1982; LOZANO, F., *La Religión del poder*, Londres, 2002, pp. 76-78.

<sup>50</sup> Joseph., *B.J.* 3.540.

<sup>51</sup> SMALLWOOD, E. M., *The Jews under Roman Rule*, Leiden, 1997, p. 256 ss; NEUSNER, J., *A life of Yohanan Ben Zakkai*, Leiden, 1970.

desarrollo de la guerra. Amargamente constató que el mundo helenístico se había escindido por la secesión de aquellos que pretendían ser “los griegos” en exclusiva.<sup>52</sup>

Este “autismo” sociopolítico, este ensimismamiento griego es uno de los principales fenómenos de esa corriente intelectual que Filóstrato denominó Segunda Sofística. De este movimiento, el biógrafo ubicó el renacer precisamente en el reinado de Nerón, bajo la sombra de Nicetes de Esmirna.<sup>53</sup> Una de sus principales características es su carácter cívico, de ciudades con las que Nerón quiso restablecer un vínculo privilegiado. No se trataba ahora de las antiguas metrópolis reales de tradición helenística, sino de las ciudades griegas de pasado glorioso y remoto. A la búsqueda de modelos para relacionarse con ellas, Nerón recuperó a T. Quinctio Flaminio, a quien imitó descaradamente.<sup>54</sup> La proclamación de la libertad en Corinto sirvió para cambiar definitivamente el foco de la política romana en Oriente y para diseñarla sobre bases que favorecieran la alianza entre las oligarquías cívicas y el poder romano. Que pasado el tiempo, el terrible Nerón todavía mereciera la conmiseración de pensadores tan mesurados como Plutarco indica, a las claras, que, más allá de unas formas distorsionadas, el emperador había sabido ganarse a esas aristocracias a las que se acercó en el último momento de su reinado y el más fértil para el futuro.<sup>55</sup>

Nerón, al final de sus días, trasladaba a Grecia el modelo que el propio Augusto había diseñado para la Magna Grecia amenazada por los bárbaros: ciudades, tradición y evergetismo. El discurso corintio con el que liberó Grecia resumía los tres elementos.<sup>56</sup> El beneficio se otorgaba a las ciudades que recibían, o eso creían, el instrumento para recuperar algo de su pasado glorioso; el emperador se convertía en el *euergétes* absoluto, al otorgar el don más grande que los tiempos vieron. Las oligarquías cívicas comprendieron, a partir de este momento que podían intercambiar prestigio, cultura y pasado por una posición singular en el imperio, sin correspondencia directa con su importancia militar, política o económica.<sup>57</sup> La aceptación de este nuevo pacto podía convertirlas en receptoras de los excedentes imperiales que el emperador distribuiría en su propio nombre y beneficio político.

#### IV

El triunfo definitivo del nuevo modelo, cívico, evergético, clásico, sofístico, restrictivo y atenocéntrico tuvo lugar bajo el reinado de Adriano, precisamente en el

---

<sup>52</sup> Joseph., *B.J.* I.13

<sup>53</sup> BOWERSOCK, G. W., *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969.

<sup>54</sup> Plut., *Flam.* 121.8; *D.C.*, 63.11.1; Paus. 7.17.3.

<sup>55</sup> Plut., *Mor.* 567f-568a; JONES, C. P., *Plutarch and Rome*, Oxford, 1977, pp. 16-19.

<sup>56</sup> IG VII 2713. En l. 41 Nerón se convierte en el único emperador en recibir el apelativo de filohelena en un documento epigráfico oficial. El estudio de la evolución del estilo retórico de Nerón: JONES, C. P., “Nero speaking” (pp. 453-62), *HSCP* 100, 2001.

<sup>57</sup> HOPKINS, K., “Taxes and Trade in the Roman Empire” (pp. 101-125), *JRS* 70, 1980.

momento en que, bajo la guía del emperador, Roma renunciaba a la expansión y la conquista e incorporación de nuevos territorios en el Imperio.<sup>58</sup>

Podría decirse, sin temor al error, que en esos cincuenta años se consolidaron las bases de la alianza entre oligarquías cívicas griegas y el poder romano.<sup>59</sup> A mi modo de ver, uno de sus aspectos fundamentales fue la función mediadora que la ciudad tenía entre el poder imperial y las clases aristocráticas. Los oligarcas locales, si querían gozar de los privilegios y beneficios de la relación con el emperador, debían empeñarse en sus ciudades, gobernarlas, engrandecerlas, embellecerlas y mantenerlas en orden y paz. El propio Plutarco censura en alguna ocasión a aquellos aristócratas que, deseos de ascender en la escala social y política, abandonaban sus ciudades para marcharse a servir a la capital. Por el contrario, el político debía permanecer en su ciudad y asumir, incluso, las tareas más humildes y humillantes en apariencia.<sup>60</sup> La conservación de la ciudad era el requisito indispensable para la plenitud de la vida humana y ahora, bajo el dominio romano, no sólo era posible, sino también necesario. La tarea más ardua para el político estaba en mantener la armonía entre este deseo de revitalización cívica y las condiciones de sometimiento. Esto le exigía mantener un equilibrio difícil, luchando contra las rivalidades aristocráticas, contra los enfrentamientos interciudadanos y contra los comportamientos demagógicos. Y, además, debía aceptar los límites a su libertad, debía renunciar a la plenitud de la política.<sup>61</sup> La conservación de estos principios haría a la ciudad receptora de los beneficios imperiales. El acuerdo merecía la pena:

“El imperio presente que se extiende por tierra y por mar —ojalá sea inmortal— no rechaza honrar a Atenas como si se tratara de su maestro y su padre adoptivo, sino que tan grande es la abundancia de sus honores que la única diferencia en la condición de la ciudad es que ya no se ocupa de asuntos importantes (ὄσον οὐ πραγματούται). Por lo demás, la situación dista poco de la felicidad de los tiempos aquellos, cuando tenía la primacía en Hélade en lo que se refiere a los impuestos, el derecho a la presidencia y los privilegios concedidos por todos (προσόδων ἔνεκα καὶ προεδρίας καὶ τοῦ παρὰ πάντων συγκεχωρηκότος)” (Aristid., I 332).

Pero el debate entre los adalides de la cultura griega fue intenso en los años que mediaron entre el reinado de Nerón y la llegada al poder del emperador filoheleno. Las perspectivas diferentes, aunque no contrarias, de Plutarco y Dion de Prusa, ejemplos señeros de la vida intelectual del momento, son buena prueba de que el clasicismo no estaba definido, que se estaba construyendo. Señalaré dos ejemplos claros de cada uno

<sup>58</sup> CORTÉS COPETE, J. M., “Ecúmene, Imperio y sofística” (pp. 131-148), *SHHA* 26, 2008.

<sup>59</sup> Esta es la tesis fundamental de ROSTOVZEFF, M., *Historia social...*, *op. cit.*

<sup>60</sup> Plut., *Mor.* 811bc, 813d; DESIDERI, P., “La vita politica cittadina nell’impero: lettura dei *Praecepta gerendae reipublicae* e Dell’*an seni res publica gerenda sit*” (pp. 371-381), *Athenaeum* 74, 1986.

<sup>61</sup> Plut., *Mor.* 824c; GUERBER, E., *Les cités grecques dans l’Empire romain*, Rennes, 2010, pp. 33-77.

de los autores. En el primero, no deja de llamar la atención su interés por la historia helenística, donde encuentra los más acabados ejemplos del carácter griego. Comparado con autores inmediatamente posteriores, se hace evidente el proceso de selección y exclusión.<sup>62</sup> En Aristides, por ejemplo, la historia helenística es silenciada deliberadamente. Sólo en relación con las glorias locales de Esmirna era digna de ser recordada.<sup>63</sup> En cuanto a Dion, baste decir que su ideal griego no era la ciudad de Atenas, sino la isla de Rodas. “Vosotros sois los únicos supervivientes de los griegos” llega a decirles en un momento de su discurso. La ciudad parecía poseer los elementos básicos para una posición preeminente en el nuevo helenismo que se estaba diseñando para el Imperio: una sólida tradición cultural, una vida cívica con un amplio grado de autonomía y una relación privilegiada con Roma.<sup>64</sup> Pero la oligarquía de la capital, acostumbrada al clasicismo griego de las escuelas, volvía su mirada ineludiblemente hacia Atenas. Contra la ciudad dirigía el filósofo su más dura crítica: “Los atenienses ya no son dignos de su ciudad ni de la fama que le legaron sus antepasados”.<sup>65</sup> El destino, no obstante, no estaba del lado del filósofo bitinio.

Las inclinaciones personales de Adriano,<sup>66</sup> su afición por la tradición griega que había conocido tanto por su formación escolástica como por herencia familiar, coincidieron con el renacer del clasicismo griego que, desde tiempos de Nerón, venía fraguándose; y permitieron la vinculación definitiva de ese clasicismo con la vida política. El nuevo emperador necesitaba fortalecer la base social de su poder, necesitaba reforzarse ideológicamente frente a la renuncia a la expansión, deseaba hacer participar a las aristocracias griegas, recuperadas definitivamente de la larga postración generada por las guerras civiles. Así, el filohelenismo imperial se convirtió en el instrumento de esta conexión que permitió al imperio recuperar para sí a una de las partes más ricas de sus dominios.

El resultado fue un programa panhelénico que se fundamentaba en los principales elementos de lo que hoy se conoce como Segunda Sofística. Atenas fue elegida como el centro político, simbólico y espiritual. Esto no se hizo sin titubeos —un primer

---

<sup>62</sup> Especialmente interesante desde esta perspectiva son las vidas paralelas de Filopemén y Flaminio: SWAIN, S., *Hellenism and Empire...*, *op. cit.*, pp. 145-150.

<sup>63</sup> Filipo y Alejandro como límites de la historia griega: Arist., I.316. Múltiples fundaciones de Esmirna y la actividad de Alejandro y Lisímaco: Arist., XVII.2-4; 19.4. La ausencia de la historia helenística: BOWIE, E., “The Hellenic Past of the Philostratean Sophist”, en *Costruzione e uso del passato storico nella cultura antica*, Alejandría, 2007, pp. 357-377. En cambio, para Pausanias la Liga Aquea de época helenística ofrecía un referente para la reflexión: MORENO LEONI, A. M., “Pausanias, la libertad griega y la historia de la Confederación Aquea helenística: Memoria e identidad griegas en el Imperio romano” (pp. 45-79), *Nova Tellus* 32 (1), 2014

<sup>64</sup> Dio, XXXI.161. Otros mensajes similares: Dio, XXXI.18-19. Rodas, la segunda ciudad tras Roma: XXXI.62. En general, sobre el discurso: DESIDERI, P., *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'impero romano*, Florencia, 1978, pp. 110-116.

<sup>65</sup> Dio, XXXI.117.

<sup>66</sup> CORTÉS COPETE, J. M., “Adriano y Grecia” (pp. 9-17), en E. CALANDRA y B. ADEMBRI (eds.), *Adriano e la Grecia*, Turín, 2014, pp. 9-15.

proyecto délfico fracasado— pero tenía la ventaja de asentarse sobre una ciudad insignificante desde el punto de vista de los poderes reales pero enormemente valiosa como símbolo. La elección de Atenas fue acompañada de la creación de una gran asociación supraciudadana e interprovincial que debía integrar a los griegos del imperio. De esta compleja organización son tres los elementos que me interesa resaltar: el nombre, Panhelenion, su apoyo en una tradición inventada y su carácter vertebrador.<sup>67</sup> Los trataré en orden inverso.

Aunque se ha pretendido ver en el Panhelenion una institución más de culto imperial, lo cierto es que transcendía su dimensión religiosa gracias a su valor político y social. El valor político de la institución estaba en que creaba una vía para permitir el contacto entre las aristocracias griegas y el emperador. Y dicha vía era la ciudad, las *póleis* integradas en la asociación. Sólo a través del servicio en cada una de las comunidades cívicas se conseguía la designación como miembro de la liga, panhelene, que ofrecía, tanto al ciudadano romano como a quien no poseía este estatuto, un vínculo permanente, estable y privilegiado con el poder imperial.<sup>68</sup> De esta forma, el Panhelenion pretendía salvar la dificultad a la que Plutarco se había enfrentado, el abandono de la ciudad por la política imperial. Ahora, las dos quedaban inextricablemente vinculadas.

El comportamiento evergético del emperador también sufrió alguna transformación. Además de actuar como lo habían venido haciendo los demás emperadores, Adriano empezó a otorgar favores y recursos a las ciudades a través de algunos oligarcas locales, quienes salían del proceso reforzados en su prestigio e influencia. El mejor ejemplo lo ofrece la vinculación entre Esmirna, Polemón y el emperador. Este hizo donación de numerosos bienes a la ciudad a través del sofista que se presentó ante sus conciudadanos como el benefactor.<sup>69</sup>

El fundamento histórico se encontró en la historia recreada o inventada. La participación en el Panhelenion se justificó a través del desarrollo de las sagas coloniales.<sup>70</sup> Las ciudades que quisieron participar en él tuvieron que justificar su condición de colonia de Atenas o de Esparta. Las tradiciones locales, las leyendas, los mitos y las simples mentiras florecieron.<sup>71</sup> Así, en la sede del culto a Zeus Olímpico en Atenas, las ciudades levantaron imágenes de Adriano, al que consideraban su fundador y salvador. A estas estatuas, según Pausanias, los atenienses las llamaban “coloniales”.<sup>72</sup> La consecuencia no podía ser otra, además de la falsificación, que la imposición de un canon griego muy restrictivo donde, a diferencia de un modelo

<sup>67</sup> GORDILLO, R., *La construcción religiosa de la Hélade imperial. El Panhelenion*, Florencia, 2012.

<sup>68</sup> OLIVER, J. H., *Marcus Aurelius. Aspects of Civic and Cultural Policy in the East*, Princeton, 1970, pp. 92-4.

<sup>69</sup> IGR IV 1431; Philostr., VS 533.

<sup>70</sup> SPAWFORTH, A. J. y WALKER, S., “The World of the Panhellenion I” (pp. 78-104), *JRS* 75, 1985.

<sup>71</sup> STRUBEE, J. H. M., “Grunder kleinasiatischer Städte. Fiktion und Realität” (pp. 253-304), *AS* 15-7, 1984-6.

<sup>72</sup> Paus., I.18.6.

basado en la cultura compartida, se impusiera una definición de Grecia fundada en el parentesco. Es el linaje el que hace al griego; es la pureza del linaje lo que te permite formar parte de esta comunidad.<sup>73</sup>

Las consecuencias de esta concepción se hicieron evidentes pronto. Por un lado, y hacia el interior de cada una de las ciudades, el linaje se vio reforzado como uno de los elementos justificativos del dominio de las oligarquías. En segundo lugar, el helenismo perdía uno de sus motores más dinámicos: la pretensión de que se podía ser griego adquiriendo la cultura griega. Es más, podía darse el caso inverso, que una contaminación del linaje, con la llegada de nuevas poblaciones, disminuyese la calidad de la helenidad. Este es el modo en el que se cerró la disputa entre la ciudad de Ptolemais Barca con Cirene por la representación en el Panhelenio. La primera fue admitida con una representación disminuida en virtud de su linaje contaminado de población macedónica.<sup>74</sup>

Este enroque en la concepción del helenismo no se hizo sin rivalidades internas, disputas protagonizadas incluso por algunos de los más excelsos representantes de la Segunda Sofística. El debate, y la enemistad, entre Favorino de Arlés y Polemón de Esmirna tenía orígenes múltiples, pero este fue un factor determinante. El primero defendía, como no podía ser menos en alguien en el que su helenismo era aprendido y no heredado, una concepción abierta y cultural del mismo frente a un Polemón inclinado a los argumentos genéticos.<sup>75</sup> Que este último fuera el elegido para pronunciar el discurso de inauguración del Panhelenion en Atenas es la mejor prueba de cómo se impusieron sus tesis; otra prueba podría ser, qué duda cabe, la persecución que sufrió el propio Favorino, enfrentado con el emperador. Y he aquí el último retruécano argumental: una visión restringida y genética del helenismo favorecida por un emperador nacido en una pequeña ciudad del occidente cuyos rasgos físicos el propio Polemón reconocía como auténticamente griegos.<sup>76</sup>

Pero también tuvo consecuencias sobre el mundo que había compartido el helenismo y se veía ahora expulsado de él. Antes recordábamos a Flavio Josefo quejándose de unos griegos dispuestos a ignorar todo lo que no fuera suyo. Ahora era posible censurar a aquellos que habían vivido en un mundo helenizado y que, al sentirse excluidos, renunciaban a él buscando en sus propias tradiciones aquello que pudiera identificarse como no griego. Arístides, en su *A Platón, en defensa de los cuatro*, atacaba con dureza a unos rivales filosóficos difíciles de identificar por la vaguedad con la que el sofista los caracteriza. En uno de sus pasajes más debatidos dice así:

---

<sup>73</sup> SPAWFORTH, A. J. S., "The Panhellenion Again" (pp. 339-352), *Chiron* 29, 1999; ROMEO, I., "The Panhellenion and ethnic Identity in Hadrianic Greece" (pp. 21-40), *CPh* 97, 2002.

<sup>74</sup> JONES, C. P., "The Panhellenion" (pp. 29-56), *Chiron* 26 (1996).

<sup>75</sup> Ps. Dio, XXXVII.25-27; ROMEO, I., "The Panhellenion...", *op. cit.*

<sup>76</sup> CAMPANILE, M. C., "La costruzione del sofista", en B. VIRGILIO (ed.), *Studi Ellenistici XII*, Pisa-Roma, 1999, pp. 285-90.

“Estos hombres son los únicos que no deberían ser clasificados ni entre los aduladores ni entre los hombres libres. Pues engañan como aduladores, son insolentes como los poderosos, son reos de los defectos más extremos y contrarios, la abyección y la arrogancia, semejantes en sus maneras a los impíos que viven en Palestina (τοῖς ἐν τῇ Παλαιστίνῃ δισσεβέσι παραπλήσιοι τοὺς τρόπους)” (Aristid., 3, 671 L-B).

Las distintas propuestas de identificación de estos impíos de Palestina han oscilado entre los cristianos, los cínicos y los judíos.<sup>77</sup> Esta última, la que menos adhesiones ha provocado, creo que es la correcta. A poco más de veinticinco años del fin de la revuelta de Bar Koshiba es lógico pensar que la referencia fueran los judíos rebeldes. Unos judíos que en los correos internos de los sublevados seguían utilizando la lengua griega como instrumento de comunicación, pero que, a favor de la propaganda, recuperaron incluso la lengua hebrea como idioma del estado que pretendían construir.<sup>78</sup> Esta negación del helenismo corría paralelo al ataque directo contra la religiosidad grecorromana, alimentando la acusación de ateos que habían merecido de sus enemigos. Sólo así se entiende la afirmación del sofista contra estos desertores del mundo griego:

“Porque la prueba de la impiedad de esas gentes es que no creen en los poderes supremos. Y estos hombres, de alguna manera, han desertado del helenismo (καὶ οὗτοι τρόπον τινὰ ἀφεστάσι τῶν Ἑλλήνων), o mejor de todo lo que tiene algún valor” (Aristid., 3, 671 L-B).

Y así, el cierre de la concepción del helenismo se veía compensada por una renuncia al mismo por parte de aquellos que, durante mucho tiempo, pudieron vivir con la tentación de dejarse seducir por la potencia cultural griega.

Y, por último, y a modo de conclusión sobre el nuevo modelo del helenismo imperial, el nombre de la asociación: Panhelenion. Como es lógico, y cierto, los autores modernos han entendido que el nombre de la liga estaba compuesto al modo de otras asociaciones griegas, como el Panjonion, que pretendían agrupar a “todos”, ya fueran los jonios o, en este caso, los griegos. En virtud de esta interpretación del nombre siempre ha quedado abierto el problema de la lista de ciudades integrantes de la nueva liga puesto que, sorprendentemente, no existe ningún testimonio que incluya en ella a ciudades del Oriente que podría esperarse que estuvieran incluidas, tanto por su pasado como por su importancia para el imperio. Sin duda, los casos de Alejandría y de Antioquía serían los más llamativos. Por lo tanto, el juicio sobre la verdadera dimensión de la liga ha quedado en suspenso hasta que aparezcan nuevos testimonios

<sup>77</sup> GASCÓ, F., “Elio Aristides y los cristianos”, en *Opuscula Selecta*, Sevilla, 1996, pp. 195-202.

<sup>78</sup> SCHÄFER, P., *Der Bar Kokhba Aufstand*, Tübinga, 1981.

que engrosen el catálogo de participantes... sin que haya ningún resultado positivo. Quizás fuese bueno, entonces, repensar el auténtico sentido de la denominación.

En primer lugar, es necesario reconocer que el término Panhelenion no es nuevo sino, contrariamente, muy antiguo. La anómala acentuación del nombre “*Hélmenes*”, además de la presencia en la poesía arcaica, tanto épica como lírica, del término *panhélmenes*, son argumentos para defender la antigüedad e, incluso, la primacía de este nombre. En una época obsesionada por el pasado como fue el siglo II no puede caber duda alguna de que la investigación historicolingüística estuvo entre las razones que llevaron a Adriano a escoger esta denominación para su nueva liga. Pero esta voluntad arcaizante no tenía sólo una voluntad estética sino que pretendía definir el contenido mismo de la nueva liga.

En la misma época, dentro de cada ciudad y en el seno de cada *koinón* griego, se había establecido una nueva competición para identificar al “primero de los griegos”.<sup>79</sup> Este era un honor sobresaliente y buscado que señalaba a aquel aristócrata que en su comportamiento público hubiese dado muestras evidentes de un auténtico comportamiento griego. Esta condición de primero de los griegos no era tanto un ordinal como un superlativo: era el reconocimiento de la helenidad más pura.<sup>80</sup> Quizás fuese ese el auténtico sentido del Panhelenion. Quizás no se tratara de indicar con este nombre la inclusión de todos los griegos, sino la inclusión de todos aquellos que eran puramente griegos. Al modo en que el adjetivo “pan” funciona en otros compuestos con valor de superlativo, *panáristos*, *pánsophos*, *pankratos*, etc., aquí podría jugarse con el significado de todos los griegos que eran griegos en el máximo nivel. Y así, con un nombre de valor restrictivo, el debate sobre quiénes podrían estar incluidos en la liga podría empezar a zanjarse.<sup>81</sup>

## V

Los romanos fueron conscientes de la importancia de esta red de alianzas oligárquicas para el sostén del imperio. Los provinciales las vieron como la oportunidad, estructural, de pasar a formar parte de la clase dirigente y, así, de gozar de los beneficios de la dominación. Aristides reconocía los beneficios que el sistema había otorgado a los griegos:

“Ahora todas las ciudades griegas se levantan apoyadas en vosotros y por vosotros, y los monumentos que hay en ellas, las artes y todos los adornos redundan en vuestro honor como el adorno en un suburbio” (Aristid., 26, 94).

<sup>79</sup> GASCÓ, F., *Ciudades griegas en conflicto*, Madrid, 1990, pp. 81-87.

<sup>80</sup> NIGDELIS, P. y LIOUTAS, A., “First of the Hellenes in the Province” (pp. 101-112), *GRBS* 49, 2009.

<sup>81</sup> JONES, C. P., “The Panhellenion...”, *op. cit.*; HALL, J. M., *Hellenicity...*, *op. cit.*, pp. 125-134; FERRARY, J.-L., “Rome et la géographie de l'hellénisme: réflexions sur hellènes et panhellènes dans les inscriptions d'époque romaine”, en *The Greek East in the Roman Context*, Helsinki, 2001, pp. 19-35.

Pero todo esto sólo podía ser resultado de un sistema político que permitía el ascenso de los provinciales hasta la aristocracia imperial:

“Después de haber dividido en dos partes a todos aquellos que están en el imperio —y al decir esto me refiero a toda la ecúmene— por un lado a todo aquel que fuese persona muy educada, linajuda y poderosa, lo hicisties ciudadano y hasta vuestro congénere, mientras que el resto quedó como súbdito y gobernado”. (Aristid., 26, 59).

Un sistema político que, a modo de consejo *post eventum*, era descrito con precisión por Dion Casio cuando, utilizando prestada la voz de Agripa, describía el sistema de gobierno imperial:

“En el lugar de los expulsados inscribe a los más nobles, los más virtuosos y los más ricos, haciendo la selección no sólo en Italia sino también entre los aliados y súbditos. Pues de esa manera podrás contar con numerosos colaboradores y tendrás bajo control a los elementos más distinguidos de todas las provincias” (D. C., 52, 19, 2-3.).

Y esta unidad política estaba sostenida en una cultura común y en la lengua que la soportaba en los más altos niveles de formación a lo largo y ancho del Imperio. El griego, en su variante ática, se había constituido en una suerte de triunfo de Atenas y de la versión del helenismo que ella representaba. Aristides volvía a sentenciar sobre el valor de la lengua ática: “Yo llamo a esta lengua el gran imperio de Atenas” (Arist. I 327).